

SATÁN ES REAL

LA BALADA DE LOS LOUVIN BROTHERS



Charlie Louvin
con **Benjamin Whitmer**

Traducción: Javier Lucini



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

Satan is Real

It Books

Nueva York, 2012

ES POP ENSAYO Nº 24

1ª EDICIÓN: NOVIEMBRE 2020

Publicado por

ES POP EDICIONES

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

www.espop.es

Published by arrangement with Igniter,
an imprint of HarperCollins Publishers

© 2012 by The Estate of Charles Louvin, Sr.

© 2020 de la traducción: Javier Lucini

© 2020 de esta edición: Es Pop Ediciones

Letras: *Knoxville Girl* © 1959 Sony/ATV Music Publishing LLC. All rights administered by Sony/ATV Music Publishing LLC, 8 Music Square West, Nashville, TN 37203. All rights reserved • *The Kneeling Drunkard's Plea* © 1949 Sony/ATV Music Publishing LLC. All rights administered by Sony/ATV Music Publishing LLC, 8 Music Square West, Nashville, TN 37203. All rights reserved • *Great Atomic Power* © 1952 Sony/ATV Music Publishing LLC. All rights administered by Sony/ATV Music Publishing LLC, 8 Music Square West, Nashville, TN 37203. All rights reserved • *Ira* cortesía de Tompkins Square Music Publishing (Administered by Spirit One Music) (BMI) • **Fotos:** Todas las imágenes, cortesía de la familia Louvin salvo que se indique lo contrario.

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona y Óscar Palmer

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

Gráficas Cems

Impreso en España

ISBN: 978-84-17645-11-3

Depósito legal: M-25236-2020

Para mis hijos: Sonny, Glenn y Kenneth. Hay una vieja canción de Moe Bandy que se titula “Till I'm Too Old to Die Young” (“Hasta que sea demasiado viejo para morir joven”). La letra dice: «Permíteme ser testigo de cómo crecen mis hijos para ver en qué se acaban convirtiendo. Oh, Señor, no dejes que ese viento gélido sople hasta que sea demasiado viejo para morir joven». La vida me ha tratado bien y ya no tengo que seguir preocupándome por lo que dice esa canción. He tenido la dicha de ver cómo los tres os convertíais en hombres excepcionales.

Y para mi esposa, Betty. Recuerdo el día en que asistí al funeral de la mujer de Carl Smith, el cantante de *country*. Carl es el hombre más recio que he conocido en mi vida, firme como una roca, pero a mitad del último panegírico se vino abajo. Me causó tanta impresión que tuve que salir al patio para recomponerme, y allí mismo le rogué a Dios que, cuando llegara el momento, se me llevase a mí el primero. No podría seguir adelante sin ti, no soy tan duro. Lo sé. Igual que sé que tenerte a mi lado ha sido imprescindible en cada paso del camino.

PREFACIO

POR

KRIS KRISTOFFERSON

La belleza arrebatadora de la armonía de los legendarios Louvin Brothers, de sangre apalache, es —sin duda— uno de los tesoros de la música estadounidense. Conocí a Charlie y a su mujer, Betty, cuando estuvo grabando en el estudio donde yo trabajaba de conserje, algunos años después de que falleciera su hermano Ira. Una cosa buena de conocer a tus héroes cuando no eres nadie es que enseguida ves si son amables. Desde entonces somos amigos; solíamos coincidir en las *jam sessions* que organizaba Johnny Cash en su casa. La última vez que lo vi fue en el *backstage* del antiguo Ryman Auditorium, después de un concierto. Como de costumbre, fue vernos y echarnos a reír. Siempre nos pasa.

Doy gracias por la música y las risas que compartimos. Esta autobiografía es tan auténtica y conmovedora como su música. Todo mi cariño para su mujer, Betty, y sus hijos: Sonny, Glenn y Kenneth.

CAPÍTULO 1

EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

Mi hermano mayor y yo estábamos llegando al final de una larga serie de conciertos (última parada: Georgia), cuando decidimos hacerles una visita relámpago a nuestros padres en Sand Mountain. Cómo no, nada más salir a la carretera, Ira deslizó la mano debajo del asiento, sacó una botella de whisky y se la ventiló entera durante el trayecto. Cuando detuve el coche junto a la casa, yo me bajé por mi lado y mi hermano más bien se derramó por el suyo.

Mamá estaba en el jardín y no pudo disimular la alegría al vernos. Vino corriendo con intención de abrazar a Ira, pero él extendió un brazo para impedirse. Iba dando tumbos, prácticamente incapaz de tenerse en pie.

Ella se dio cuenta de inmediato. Las madres lo saben todo.

—Ay, cariño —le dijo—. ¿Por qué te castigas así?

A mamá jamás se le habría ocurrido comulgar con otra cosa que no fuese mosto. No probaba ni gota de alcohol y no le había en la cabeza que los demás lo hicieran.

Pero, conociéndolo como lo conocía, debería haberse ahorrado el comentario. Nada encabronaba más a Ira que el que alguien le intentase hacer sentir culpable.

—Va, no me des la tabarra —dijo—. No le hago daño a nadie.

—Te lo haces a ti mismo —repuso ella—. Eres tú quien sale perjudicado.

—Vale, muy bien, pero no recuerdo haber preguntado tu opinión —dijo Ira, tratando de encender un pitillo. Estaba tan borracho que ni siquiera fue capaz de prender el mechero—. Joder.

—Ese whisky no te hace ningún bien —insistió mi madre—. No le hace bien a nadie.

Al final, Ira consiguió prender el mechero y adelantó la boca hacia la llama para encender el cigarrillo, pero no atinó con la punta.

—Vuestro padre está en Knoxville. Y no sabes lo mucho que me alegra que no esté aquí para verte en estas condiciones...

Ira arrojó al suelo el cigarrillo todavía apagado.

—¿Te quieres callar de una vez, zorra?

Os aseguro que en aquel momento se me llevaron los demonios. Allí mismo, en el patio delantero de casa, le di una somanta de palos. También os digo que tuvo suerte de que la cosa no pasara a mayores. De haberle puesto la mano encima a mi madre, os estaría contando esto desde un penal. Joder, de haber estado papá, lo habría matado; yo me limité a zurrarle la badana por todo el jardín. Después lo metí a empujones en el coche y nos largamos.

—Sé que no estás dormido— le dije en cuanto salimos a la autopista. Se había acurrucado en el asiento, enterrando la cara inflamada entre las manos—. Sólo te lo voy a decir una vez: como vuelvas a hablarle así a mamá, te reviento. No pienso andarme con miramientos. Así que tú verás: o haces un esfuerzo por cambiar, o apechugas con las consecuencias. No hay otra.

—Venga, coño, pero si no iba en serio —balbuceó Ira—. Ya sabes cómo se las gasta el viejo whisky.

—Eso no es excusa —le dije—. Nadie te obligó a beberlo. Y mejor te iría si nunca volvieras a hacerlo.

Acto seguido, me callé y me limité a conducir hecho una furia. Y me vino a la memoria el día en que vi pasar a Roy Acuff por delante de la granja al volante de su enorme Franklin con motor refrigerado por aire. Pensé que ir en un coche como aquel tenía que ser lo mejor del mundo. De aquello hacía diecisiete años, y ahora era yo quien circulaba por la misma carretera convertido en una estrella del Grand Ole Opry y al volante de un automóvil casi igual de bueno, pero la sensación era de asfixia. Como si me hubiesen enterrado vivo allí dentro.

CAPÍTULO 2

UN FRANKLIN REFRIGERADO POR AIRE

Era una tarde cálida de principios de otoño. El cielo estaba despejado y el sol brillaba con fuerza, aunque sin el calor abrasador que habíamos estado padeciendo casi todo el verano. Papá estaba con las mulas, tirando de la segadora en uno de los campos ya recolectados para cortar a ras del suelo los tallos del algodón. No puedes arar para la siguiente cosecha si no te has deshecho antes de los tallos; al cortarlos, los dejas donde caigan y así le devuelves al suelo parte de lo que le arrebató el algodón.

Si a papá se le ocurría una tarea en la que podía servirse de las mulas, no se lo pensaba dos veces. Sabía que tenía que mantenerlas continuamente en movimiento si quería ganarse la vida, y con sus hijos hacía lo mismo. Era un hombre enjuto, recio y curtido por los elementos, y aunque no medía más de uno sesenta y cinco se conducía con un aplomo que lo hacía parecer casi el doble de grande.

Aun con la que estaba cayendo, por debajo del peto llevaba una camisa de manga larga abotonada hasta el cuello. Le daba igual que estuviésemos a más de cuarenta grados a la sombra, se negaba a vestir de otra manera. Cuando tenía la camisa empapada de sudor, miraba a cualquiera que se la hubiese quitado y anunciaba con voz satisfecha: «Bueno, ahora estoy más

fresco que tú, ¿eh?». Era una de sus creencias: que, en cuanto rompías a sudar, la camisa te ayudaba a capturar la brisa.

Mi hermano Ira y yo estábamos en otro campo, recolectando el último algodón de la temporada, parando a cada pocos minutos para mirar por encima del hombro por si acaso el coche de Roy Acuff aparecía a toda velocidad por la carretera de tierra que discurría junto a nuestra granja. Ira tendría unos dieciséis años y yo, trece. Llevábamos esperando al cantante y violinista desde que habíamos salido de casa al amanecer con los sacos al hombro para empezar la jornada. Para nosotros no existía nadie más grande que Roy Acuff.

Sabíamos que Acuff iba a pasar por delante de casa aquel día porque Ed Watkins, propietario del colmado local, tenía una radio en el salón. Y el sábado anterior, una vez terminada la jornada en los campos, Ira y yo habíamos ido corriendo a su casa para unirnos a los demás granjeros que abarrotaban el porche para escuchar el Grand Ole Opry. Seríamos unos veinticinco apretujados en la oscuridad que reinaba en el porche y otros veinticinco en el interior, bajo la luz amarillenta del salón de Watkins, pegando la oreja a la vieja radio.

Todos los presentes estaban al tanto de qué artistas iban a participar y a qué hora, de modo que, cuando llegaba el turno del favorito de algún parroquiano, éste apagaba el cigarrillo y entraba en la casa cruzándose con quienes estaban saliendo porque ya habían oído al suyo. En el porche se guardaba el mismo silencio que en el interior. Era una radio pequeña de un solo altavoz y había que aguzar mucho el oído para enterarse de lo que iba pasando. Mi hermano y yo estuvimos muy atentos y, en cuanto oímos que anunciaban a Roy Acuff, entramos y nos sentamos en la alfombra, lo más cerca posible de la radio.

Pues bien: cuando terminó de interpretar sus canciones, nos dispusimos a ceder el sitio, pero nada más levantarnos oímos que Acuff se ponía a enumerar sus próximos conciertos.

Y cuando dijo que la semana siguiente iba a actuar en el Instituto Spring de Alabama, el corazón me dio un vuelco. A Ira se le habían puesto los ojos como platos y apuesto que a mí también. Me agarró del brazo y me sacó con gran premura al jardín, lejos del porche, para poder hablar.

—¿Has oído eso, Charlie? —me preguntó en un susurro.

—¡Es nuestro cole! —exclamé yo.

—Me conozco todas las carreteras del condado. Sólo hay un camino para llegar hasta allí y es el que pasa por delante de casa.

—¿Vamos a verlo pasar en su coche?

—No me cabe duda. Y luego iremos a su concierto.

—¿Y cómo vamos a hacerlo, Ira? No tenemos ni un chavo.

Me aseguró que tenía un plan. Y, mientras íbamos abriéndonos paso entre las hileras de algodón al atardecer, me pregunté en qué consistiría.

Como no podía ser de otra manera, mamá y nuestras hermanas ayudaban con la cosecha. Aunque mamá se ocupaba de todas las tareas domésticas, en época de recolecta también salía al campo con nosotros. Habitualmente, con una mocosa



Aparceros en Sand Mountain, Alabama, 1940.

a cuestras en su capazo. A mamá nunca le había interesado mucho Roy Acuff. En realidad, no le interesaba ningún artista que sonase por la radio. Casi todas las canciones que le gustaban tenían como mínimo cien años. Y a nuestras hermanas también se la resbalaba su música. Ya en aquella época estaba considerado una vieja gloria y ellas preferían cosas más modernas. Por eso Ira y yo no las hacíamos ni caso.

Entonces lo oímos. El rugido del motor de un automóvil en la distancia, acercándose a toda pastilla. Estábamos agachados, arrancando las cápsulas de algodón, y nos enderezamos para verlo venir. Apareció como un relámpago, a no más de cien metros de nuestra casa, con las palabras ROY ACUFF Y SUS CHICOS Y CHICAS DE LA MONTAÑA SMOKY pintadas de un extremo a otro de la carrocería, dejando un rastro de remolinos de polvo a su paso. Nunca habíamos visto un automóvil igual. Tenía cuatro puertas a cada lado y era tan largo que no pude evitar preguntarme si tendría bisagras en medio para salvar las curvas más cerradas de nuestra vieja y tortuosa carretera. Nos quedamos plantados con nuestros sacos de algodón al hombro hasta que desapareció envuelto en su propia nube de polvo.

Acto seguido, nos volvimos a agachar y proseguimos con la recolecta. Sabíamos que no nos convenía que papá nos viese ociosos.

—¿Y de dónde vamos a sacar el dinero para la entrada del concierto? —le pregunté por fin a Ira mientras rellenábamos los sacos.

—Sólo cuesta dinero si quieres entrar —dijo Ira—. Podremos oírlo gratis desde fuera. Ya sabes el calor que puede llegar a hacer en ese gimnasio. Si dejan las ventanas cerradas, morirán asfixiados. Van a tener que abrirlas por fuerza, así que desde fuera lo oiremos igual de bien que los de dentro.

Cuando a Ira se le metía algo entre ceja y ceja, no servía de nada discutir. En cualquier caso, tampoco es que yo fuese muy

difícil de convencer. Así pues, mantuvimos la mirada fija en papá, a la espera de que nos diese la señal de que podíamos dar por terminada la jornada, a cada minuto más temerosos de no llegar a tiempo al concierto.

Aquel día papá nos tuvo trabajando hasta la puesta de sol. Ni siquiera podría asegurar que cenásemos algo antes de salir escopetados hacia el concierto. Es posible que arramblásemos con un trozo de pan de maíz al salir por la puerta. Lo que sé seguro es que tardamos diez minutos en recorrer los tres kilómetros que nos separaban del colegio.

Cuando llegamos al patio, nos alegró ver que no estábamos solos. El espectáculo aún no había comenzado, pero el gimnasio estaba hasta la bandera y había más gente fuera que dentro. Habría cerca de trescientas personas pululando, fumando y conversando en el exterior, todas recién llegadas de los campos de algodón, igual que nosotros. Nos entusiasmó ver a tanta gente. Habríamos dado el cante allí solos en el césped.

Nos abrimos paso entre los parroquianos, saludando a unos y alternando con otros, acercándonos poco a poco al edificio hasta que dimos con el sitio perfecto, lo más cerca posible de la ventana pero lo bastante apartados como para ver el concierto si nos poníamos de puntillas.

De repente, Roy Acuff salió al escenario, seguido por su cuarteto habitual: contrabajo, guitarra, Rachel Veach al banjo y el dobro de Bashful Brother Oswald. Roy llevaba un violín en la mano, pero no era más que un accesorio escénico. Nunca lo tocaba, aunque de vez en cuando se ponía a hacer equilibrios con el arco sobre la punta de la nariz.

Rachel llevaba un vestido de algodón a cuadros muy bonito, y los hombres vestían peto y camisa blanca. El único que lucía un poco diferente era Oswald, con su gran sombrero de ala ancha y sus enormes zapatos. Imagino que debían de pensar que los petos y las camisas blancas representaban a la



Granjeros de Sand Mountain, 1937.

gente del campo, y supongo que estaban en lo cierto. En cualquier caso, era lo que vestíamos. Creo que no llegué a tener unos pantalones de verdad hasta el día de mi boda. Además, Rachel y Oswald se habían ennegrecido unos cuantos dientes con carboncillo, algo con lo que todo el mundo se mondaba en aquella época, y entre canción y canción hacían el payaso fingiendo ser hermanos.

Aunque Ira y yo nos partimos de risa con las partes cómicas, habíamos ido sobre todo por las canciones. Para compararlas con las versiones que habíamos oído en el Opry y las que les cantábamos a nuestros amigos y familiares. Interpretaron “Great Speckled Bird” y “Wabash Cannonball”, dos temas que nos sabíamos de memoria. Y también tocaron una canción truculenta sobre la muerte que era más vieja que cualquiera de los miembros del conjunto, probablemente del siglo XVII. Cuando la banda tocaba, nos aferrábamos a cada nota, a cada palabra. Aunque podía oír la respiración agitada de Ira a mi lado, no me atreví a girarme para mirarlo.

Y entonces, con la misma brusquedad con la que había empezado, el concierto terminó. A las diez, los músicos cargaron el equipo en el coche, se despidieron con la mano de la multitud y volvieron a la carretera. Cuando les vimos alejarse, Ira y yo tuvimos la misma sensación: como si estuviésemos asistiendo a un funeral.

Era la época de la cosecha y por la noche refrescaba, pero en el camino de vuelta no se veía ni rastro de la luna sobre nuestras cabezas, sólo nubes y estrellas.

—¿Has visto el coche por dentro? —le pregunté a Ira.

—Ya lo creo —dijo. Caminaba rápido y no paraba de mover las manos. Puede que yo estuviese tan exaltado como él, pero intenté que no se me notase—. Era un Franklin con motor refrigerado por aire.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he preguntado.

Me quedé callado. Ira daba tales zancadas que, cada dos por tres, me quedaba rezagado y tenía que echar a correr para alcanzarlo.

—¿Cómo crees que será viajar en un coche así?

—Como nada en lo que nos hayamos montado —dijo Ira—. Eso seguro.

—Nunca había visto uno como ese. ¿Cuánto crees que le habrá costado?

—No me lo puedo ni imaginar.

—Vale, pero ¿cuánto dinero crees que se habrá sacado esta noche?

—Suponiendo que haya cobrado veinticinco centavos por cabeza, yo diría que más de cien dólares.

—Cien dólares. ¡Buah, chaval, eso es una fortuna!

—Lo que se saca papá en dos meses.

Dudé. Ira casi parecía enfadado, así que no sabía si me convenía decir lo que estaba elucubrando. Al final se lo solté:

—Algunas de esas canciones... creo que nosotros las cantamos igual de bien.

Ira no dejó de hacer aspavientos con las manos, pero sonrió. Y comprendí que no estaba enojado. Lo que pasaba era que le estaba dando vueltas a la misma idea que yo.

—Y algunas incluso mejor —dijo.

No exageraba. Cantábamos casi todo el repertorio de Acuff. Nos sabíamos sus canciones al dedillo y a los paisanos de Sand Mountain les gustaban nuestras versiones. Roy Acuff fue el desencadenante de nuestro amor por la música country. Por encima de todo, era auténtico. Pero, aun así, cabía la posibilidad de que mi hermano y yo interpretásemos algunas de sus canciones un poco mejor que él.

En comparación con los diez minutos que nos había llevado el trayecto de ida, tardamos casi una hora en volver. Los dos íbamos absortos, autoconvenciéndonos de que ese iba a ser nuestro objetivo. Tocar en el Opry y salir de gira en uno de aquellos Franklin de motor refrigerado por aire. Se nos fue metiendo en la cabeza hasta que no nos quedó la menor duda de que íbamos a lograrlo.

Lo único que quedaba por resolver era el modo.

CAPÍTULO 3

CAQUIS

El problema de Ira, ya desde chico, fue que nunca tuvo paciencia. No le gustaba esperar a que sus sueños se hiciesen realidad. No le gustaba esperar para conseguir lo que quería.

Por ejemplo, papá tenía un caqui en el prado. Era un árbol de buen tamaño, puede que de unos quince centímetros de diámetro. Aquel verano estaba cargado de frutos, e Ira llevaba tiempo aguardando a que madurasen. El problema de los caquis es que has de recogerlos justo cuando estén a punto de caerse del árbol, de otro modo te sentarán como un tiro en el estómago.

El caso fue que un día Ira no pudo aguantarse más. Agarró el árbol e intentó sacudirlo con fuerza para hacer caer unos cuantos. Cuando vio que aquello no funcionaba, cogió un palo y se puso a golpear el tronco como poseído por el demonio, a ver si así se desprendía alguno, pero aún no estaban ni por asomo lo suficientemente maduros para caer, así que se pasó un buen rato dando vueltas alrededor del caqui, examinándolo y elucubrando. Y, al cabo de unos minutos, me dijo:

—Ve a casa a por el hacha.

No hacía falta ser un genio para saber lo que pretendía.

—A papá no le va a hacer ni pizca de gracia que tales el árbol para comerte un caqui.

—¿Quieres caquis o no? Sube a casa y tráete el hacha.

Sabía que era una idea terrible. Lo pensé una y otra vez durante el trayecto de cuatrocientos metros hasta llegar a casa. Papá contaba con zamparse aquellos caquis en cuanto estuviesen maduros, y yo sabía exactamente lo que iba a ocurrir cuando nos pillase. Y de que nos pillaría no me cabía la menor duda. No había forma de talar un árbol sin que se diese cuenta. Se conocía al dedillo hasta el último milímetro de su tierra.

Aunque papá nunca azotó a mis hermanas, ni Ira ni yo nos libramos de los zurriagazos. Sobre todo mi hermano. Si papá estaba de buenas y tenía que castigarnos por alguna trastada, buscaba una rama de nogal más o menos del grosor de su dedo gordo y nos azotaba con ella: con «la holgura». La llamaba así porque era tan larga que, al golpear, se te enroscaba entera alrededor del cuerpo. Dolía un huevo, claro, y chillabas como un cochinillo, pero no dejaba secuelas graves.

Claro que papá no siempre estaba de buenas cuando le aplicaba el correctivo a Ira. Y cuando no estaba de buenas, no tenía paciencia para ponerse a buscar una «holgura» de nogal, así que lo azotaba con lo que tuviese más a mano. Un trozo de leña, un mueble, cualquier cosa.

Ni siquiera se paraba a pensar demasiado en los motivos para la azotaina. Ni el estado en que nos encontrásemos ya. Un invierno, Ira y yo nos pusimos a jugar detrás del horno de leña de la cocina, en un pequeño espacio que había para almacenar los leños. Yo andaba trasteando con una hachuela, ensañándome con la madera, cuando Ira puso la mano en el suelo y dijo:

—Te apuesto lo que quieras a que no eres capaz de acertarme en la mano.

Intenté asestarle un hachazo lo más rápido que pude, pero Ira apartó la mano. Yo tenía siete años, tres menos que él, y en velocidad me daba mil vueltas. Se rio de mí y colocó la mano para darme una nueva oportunidad. Lo volví a intentar y volví a fallar. Así estuvimos un buen rato, dale que te pego, y todas

las veces Ira apartaba la mano, se reía de mí y apostaba a que nunca sería capaz de acertarle.

Al final, anticipé el tiempo que tardaba en apartar la mano y, en cuanto empezó a moverla, descargué el golpe y le incrusté el hacha en los dedos. La hoja estaba tan afilada que, de haber tenido más fuerza, le habría dejado manco. Lo que pasó fue que lo puso todo perdido de sangre. El tajo llegaba hasta el hueso.

Aquello me supuso unos buenos zurriagazos, por supuesto. —Pero si ha sido él el que quería jugar —le lloré a papá.

No sirvió de nada y me cayó una buena tunda, aunque no tan buena como la que le cayó a Ira. Papá lo sacudió más que a una estera, y eso que tenía los dedos casi cercenados.

Aun sabiendo que de los azotes no nos iba a librar nadie, Ira me convenció de lo mucho que me apetecía zamparme un caqui, por muy verdes que estuviesen. Así que fui a casa a por el hacha. Cuando volví, Ira la emprendió a hachazo limpio con el árbol hasta que pudimos tirar de una rama y apoderarnos de todos los caquis que habían quedado a nuestro alcance.

Ya con los caquis a buen recaudo, encontramos una vara de unos cinco centímetros de diámetro y de entre un metro y un metro y medio de largo, y la utilizamos para apuntalar el árbol. De todas formas, iba a morir, Ira casi lo había atravesado de lado a lado, pero pensó que lo mismo podríamos ocultar el estropicio apuntalándolo con aquella vara. A continuación, nos dedicamos a los caquis. Aunque estaban verdes, nos los zampamos todos. Tuvimos que hacerlo, más que nada para ocultar las pruebas. Y, como era de esperar, nos pusimos malísimos.

Al día siguiente, papá andaba paseando por el prado cuando vio aquella vara apoyada contra el árbol. Sin saber de qué se trataba, la apartó de una patada. Y, claro, el puto caqui se le vino encima.

Se puso hecho un basilisco. Parecía poseído. Entró en casa como un vendaval, magullado y ensangrentado, enarbolando

la vara con la que Ira había apuntalado el árbol. Fue la cosa más aterradora que he visto en mi vida.

El pobre Ira intentó huir, echó a correr de espaldas y se estampó contra la pared.

—¡Charlie también estaba! —aulló en un intento de descargar un poco de culpa sobre mí—. ¡Él trajo el hacha!

Pero papá no se lo tragó. Agarró a Ira y lo azotó con la vara hasta que cayó al suelo y se hizo un ovillo para intentar protegerse. Pero la cosa no acabó ahí, papá siguió golpeándolo hasta que Ira dejó de moverse, hasta que se quedó inconsciente sobre un charco de sangre. Al fin, mamá consiguió detenerlo, suplicándole y agarrándolo del brazo hasta que papá arrojó la vara al suelo y salió furioso por la puerta.

—Ira —dijo mamá, sosteniéndole la cabeza y tratando de reanimarlo. Después se dirigió a mi hermana—: Oh, Charley, corre a buscar al médico. No se despierta.

Ira acabó volviendo en sí antes de que llegara el médico. Y, al cabo de más o menos un día, se recuperó bajo los cuidados de mamá, aunque mucho me temo que le perdió el gusto a los caquis para siempre.

La mayoría de las veces la cosa acababa así. Ira se llevaba la peor parte de los castigos, de eso no hay duda. Era el mayor y, por tanto, papá no sólo lo azotaba por lo que quiera que hubiésemos hecho, sino también por haberme convencido para ser su cómplice en la diablura. La mayoría de las veces yo sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero las palizas se las llevaba él.

El problema era que papá había tenido una vida difícil. Nació en Murphy, en Carolina del Norte. Toda su familia era de allí. Su padre era alcohólico y se ganaba la vida vendiendo carbón vegetal. En aquel entonces, el carbón vegetal era indispensable para mucha gente, porque era lo que se utilizaba para calentar, entre otras cosas, las viejas planchas de la ropa. Podías ganarte la vida vendiéndolo, pero era un trabajo brutal.



Fabricando carbón vegetal.

Y, naturalmente, mi abuelo evitaba ocuparse de la parte más dura. Esa se la dejaba a sus hijos.

Cavaban un hoyo de algo más de dos metros cuadrados y unos dos metros de profundidad. Luego cortaban troncos de pino, los metían en el hoyo y los quemaban. En cuanto prendían bien, los cubrían con tierra, la justa para sofocar las llamas, luego esperaban a que dejase de humear. Acto seguido, los niños tenían que meterse en el hoyo, apartar la tierra y sacar el carbón a paladas antes de que se enfriara.

El carbón estaba tan caliente que derretía las suelas de los zapatos y les dejaba las plantas de los pies llenas de ampollas. Cuesta imaginárselo. Papá debía pensar que lo habían condenado a trabajar en el infierno. Y el demonio borracho de su padre se quedaba plantado al borde del hoyo y les daba órdenes a gritos. Supongo que de haber sido criado de ese modo, yo también me habría vuelto un poco cruel. E, indudablemente, odiaría el alcohol como lo odiaba mi padre.

Algunos de sus hermanos no salieron muy bien parados de aquella infancia. Había uno que se llamaba Hummer y que no

valía ni la pólvora necesaria para volarle la tapa de los sesos. Se pasó tres cuartas partes de su vida entre rejas. ¡Qué coño, murió entre rejas! Cada vez que salía, hacía alguna estupidez, como cruzar una frontera estatal en compañía de una menor de edad... y hala, le caían otros diez años.

Una vez escribió a papá desde Georgia: «He salido de prisión y me gustaría pasar a visitarte y enderezar mi vida». Y que me cuelguen si en el camino desde Atlanta no se le ocurrió nada mejor que liarse con una zorrilla. Volvió de cabeza al trullo por estupro. Carecía de sentido común para permanecer fuera.

Pero, en una ocasión, el tío Hummer logró llegar a casa, sólo que estábamos en misa. Cuando volvimos, papá vio desde el carro su coche aparcado en el sendero de entrada y un montón de botellas y latas reventadas a tiros. Fue directo a la puerta principal, entró en la cocina y se encontró a Hummer. Había dejado la escopeta de papá apoyada en una silla y una caja de cartuchos vacía sobre la mesa. Calculo que, en aquel entonces, una caja de cartuchos costaría alrededor de un dólar, y Hummer había gastado hasta el último condenado cartucho de papá.

—Hola, Coronel —dijo Hummer radiante. Así se llamaba mi padre: Coronel Mareno Allen Loudermilk—. Se me ocurrió venir a veros.

Sin mediar palabra, papá agarró una silla y se la estampó en la cabeza. Lo sacó a golpes de la cocina y siguió atizándolo por el porche delantero y el jardín hasta que la silla se le deshizo entre las manos. A continuación recogió los pedazos más grandes y siguió aporreándolo sin piedad.

Cuando Hummer quedó tendido en el patio, ensangrentado y hecho papilla, papá le dijo:

—Que no te vuelva a ver por aquí en tu puta vida.

Y que me parta un rayo si a las seis semanas no volvió a aparecer. Venía a disculparse. Llamaron a la puerta, papá fue a abrir y se lo encontró allí fuera, retorciéndose las manos.

—Sólo vengo a decirte que siento mucho haberte gastado todos los cartuchos. No era mi intención. Lo que pasó fue que os estaba esperando y me aburría.

Papá volvió a entrar en casa en busca de la escopeta, había comprado una nueva caja de cartuchos y la tenía cargada.

—Atiéndeme bien —le dijo a su hermano—. Si alguna vez, y te lo digo muy en serio, se te ocurre volver a llamar a mi puerta, seré yo quien gaste la caja de cartuchos, contigo.

Para un niño es doloroso presenciar algo así. Independientemente de lo que haga una persona, tendría que haber un límite para el castigo, pero papá no se andaba con chiquitas. Las palizas nunca guardaban la menor relación con la magnitud del delito. Sólo por meter la pata podías acabar lleno de cardenales. Y, si la cagabas de verdad, era capaz de matarte.

Cuando alguien ha tenido una infancia tan dura, arrebatada por su propio padre, tiende a actuar de la misma manera con sus hijos. No siempre, pero por lo general es así. Y en el caso de mi padre lo fue. En cierto modo, Ira recibió muchas más palizas de las necesarias. Y también puede que, en cierto modo, no tantas como le hubieran venido bien.

A partir de determinado momento, Ira comenzó a poner en tela de juicio el trato que le daba papá. Siempre he pensado que debió de comparar sus palizas con las mías. Ignoro si llegaría a preguntarse si tenía algo raro de lo que yo carecía, algo que sólo papá podía ver. O puede que simplemente entendiese lo injusto que era, dado que casi siempre que la liábamos, la liábamos juntos. Intentó disimularlo, pero era humanamente imposible que no acabara cogiéndome manía, aunque sólo fuese una poca.

En cualquier caso, me consta que se lo empezó a tomar muy a pecho. Y nunca conseguiría sacarse del todo aquel resquemor.